

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

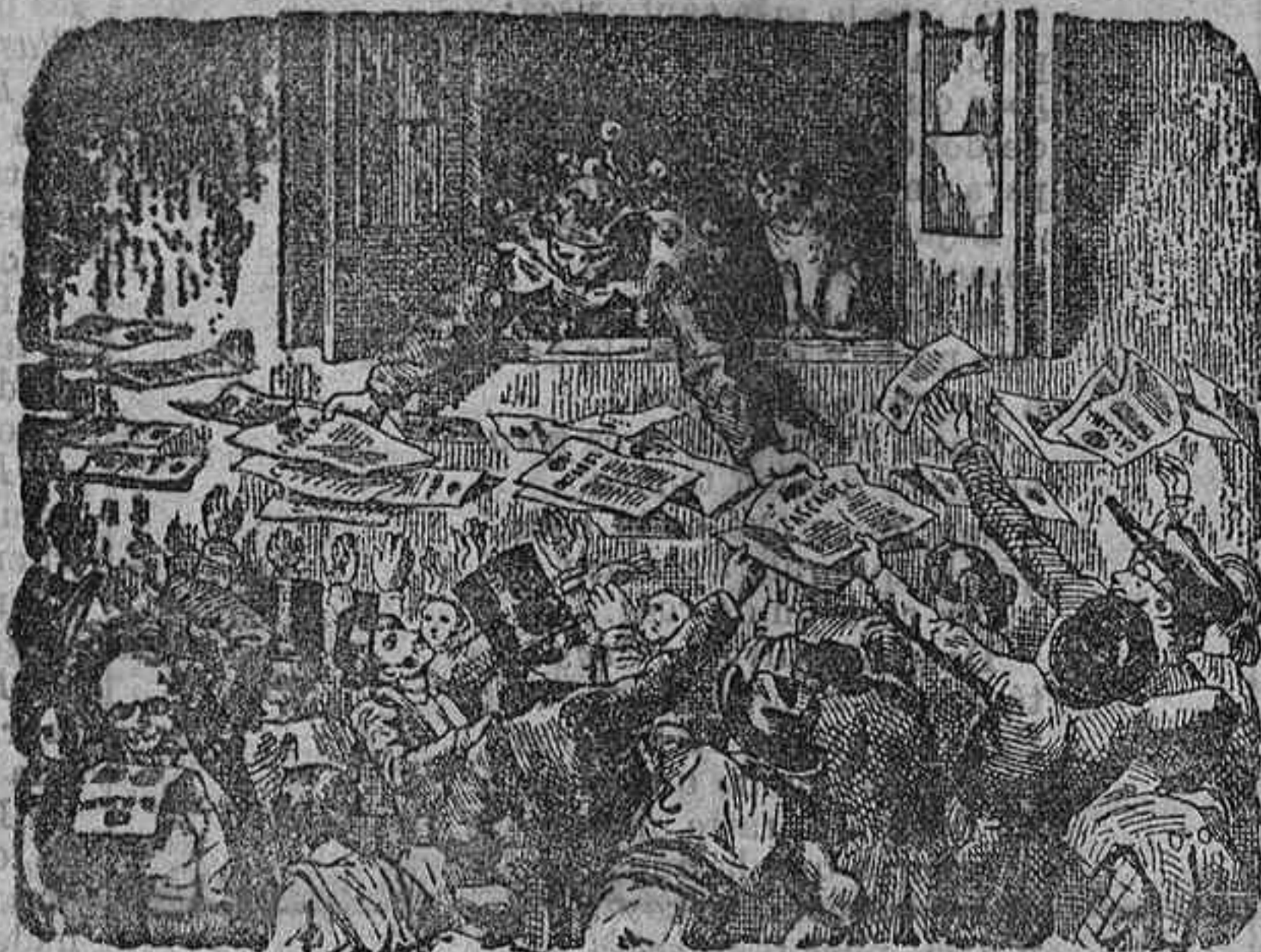
Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 .
Un año.	30 .
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 .
Un año.	34 .

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 .
Un año.	74 .
En París recibe suscripciones y anuncios para El Cascabel, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.	
Se suscribe en la Habana, Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMÉRICA.	
Seis meses.	38 rs.
Un año.	70 .
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	110 .

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTEIRA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE RECIERAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL CATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

COSTUMBRES DE MADRID.

CASEROS É INQUILINOS.

Hemos ofrecido hace tiempo, en otro artículo, analizar el cordial antagonismo, la antipatía, la inquina no que reinan, generalmente hablando, en tre el inquilino y el casero; y como para nosotros lo ofrecido es deuda, vamos, aunque tarde, á saldar como buenos pagadores la deuda contraída.

«Aquí te quiero, escopeta,» diría un cazador al ver saltar á una liebre; y «aquí te quiero, pluma,» decimos nosotros en presencia de tanta y buena pieza como salta á la vista del escritor en poblado, frente á frente de las dos opuestas falanges que libran la interminable batalla del pago de alquileres.

Procuraremos ser imparciales, aprovechando la ocasion de hallarnos afortunadamente en un campo neutral, en el que sin ser casero ni inquilino, tenemos íntimo contacto con ambos partidos beligerantes.

El célebre don Ramon de la Cruz, en uno de sus populares sermones, nos ha presentado al casero como al bú de los inquilinos de las llamadas casas de vecindad, es decir, inquilinos de patios, corredores y guardillas. La sola presencia de este enemigo comun, corta las reyertas vecinales, y pone en completa dispersion á la bandada de mujeres y chicos que pueblan los anchurosos patios de las casas pobres en barrios bajos. Cada cual se atrinchera en su reducida vivienda, y el dueño del campo es recibido con una nutrida salva de maldiciones y portazos.

Este es mi hombre, este es mi tipo. Pero como al escritor nada le cuesta el dar ó el quitar, figuradamente, una propiedad más ó ménos, es preciso que mi casero de vecindad sea al mismo tiempo propietario de otra casa magnífica, con gran portalon, escalera suntuosa, cocheras, caballerizas, jardín... y finalmente, de una casa situada en el barrio más céntrico y aristocrático, dispuesta para albergar en su seno á dos ó tres familias del gran tono. Ya se ve que no trato de esos modernos palacios, morada del propietario, en los que el título ó el capitalista reina y gobierna de una manera absoluta sobre un pequeño estado de dependientes y criados. La casa que necesito... (¡ojalá y me la dieran!) es pura y simplemente una casa de alquiler, con todas las circunstancias que reclaman la comodidad y el lujo.

Vengamos ahora en conocimiento del propietario. Don Lázaro Fuentesauco y el Barco, hijo de unos honrados cosecheros de garbanzos y de aluvas, que llevaban por apellido el nombre de sus respectivos pueblos. fué remitido á la villa y córte de Madrid, allá por los tiempos de la guerra de la independencia, no sobre un tercio de bacalao truchuela, sino entre dos costales de las cosechas paternales; y formando parte de una reuda de mulos (no Lázaro, su cabalgadura), dió fondo en la casa del consignatario del cargamento, que lo era un rico lonjista de ultramarinos, en cuya puerta se leía: Aceite, jabon, velas y demás comestibles.

Dedicábanle sus padres al comercio, ganosos de que el chico hiciera suerte, y no salieron fallidos sus deseos. Despues del penoso aprendizaje, durante el cual todas sus obligaciones estaban reducidas á madrugar con el alba, tener muchos sabañones, barrer la lonja y llevar el aceite á casa de los parroquianos, se dió Lázaro tan buena maña, que llegó á ser el mancebo de confianza; y andando el tiempo se casó con una hija del lonjista, y á más andar, quedó, con la muerte de éste, dueño del acreditado establecimiento.

Entonces ya fué don Lázaro, aun cuando en todo el barrio era mucho más conocido por el apodo de don Mantecca. Diremos la causa.

Quando don Lázaro se vió dueño absoluto de la

lonja, pues su digna esposa habia abdicado en él todos sus poderes, se revistió de una circunspeccion y de una gravedad sentenciosas; pero su sentencia era siempre la misma, fija é invariable.

—¿Qué tal son los garbanzos de á doce, don Lázaro?

—Superiores... ¡Mantecca!

(¡Dichosos tiempos en que los legítimos de Fuentesauco se vendian á doce cuartos!... ¡Hoy me cuestan el doble... sin ser mantecosos!)

—¿Y las judias?

—Lo mismo que mantecca.

—Diga V., don Lázaro, ¿tiene V. buen bacalao de Escocia?

—¡Excelente!... Mejor que mantecca.

—¿Y mantecca de Flandes?

—Mucho mejor que... es decir, superfiná mantecca.

Y tanto, tanto emmanteccaba todos sus géneros, que al fin y al cabo tuvo que conformarse, velis nolitis, con el sobrenombre de don Mantecca.

Ahora bien: nuestro don Lázaro, no solo era lonjista, sino casero. Su costilla le habia llevado en dote una de esas casas antidiluvianas, grandes y destartaladas, de las que quedan aun bastantes ejemplares en el histórico barrio de Lavapiés. Una especie de casa de Tócame Roque. Un pequeño pueblo, con una plaza por patio.

Pasábalo muy bien con el producto de su industria y de su finca; tan bien, que no sabia ya en dónde colocar las amarillas pelacanas de Carlos III.

Y como el diablo en todo se mete, tentóle el diablo de la vanidad, y quiso hombrear fuera de su elemento. Es decir, traspasó la lonja y se separó de su mantecca.

Deseoso de rozarse con gentes de pró, se le ocurrió la idea de tener por inquilinos á grandes personajes, y al efecto compró por poco dinero un magnífico solar, procedente de bienes nacionales, y confió la edificación de una maravilla al arquitecto de más fama.

No es de este lugar el referir los disgustos, las amarguras y el polvo que tragó don Lázaro. Basta el saber que quedó altamente, y por todos conceptos, satisfecho de la obra. El arquitecto no dejó desmentida su reputacion.

Ya tenemos, pues... (es decir, ya tiene don Lázaro) una casa digna de príncipes, en disposicion de buscar acomodo, y los blancos papeles atados en el balconaje indican al transeunte que la suntuosa vivienda espera vividores.

La nueva morada no tiene tiendas. Don Lázaro, desde que abandonó el comercio, experimentó un horror, una aversion invencible hácia los establecimientos mercantiles. El capitalista renegaba de su origen.

En lugar de tiendas, se construyeron en la planta baja magníficas cocheras, guarnes y caballerizas, dependientes del cuarto principal.

Don Lázaro se hizo la ilusion de que tal vez pudiera tener por inquilino á un embajador de Rusia.

Veamos lo que consiguió.

En primer lugar, ni aun quiso dar oídos á un capitalista que trató de arrendar ventajosamente toda la casa, para establecer un magnífico hotel, montado con arreglo á las exigencias de la época; negó igualmente el piso principal, los dos segundos y los dos terceros á personas acaudaladas, con las mejores garantías de pago; y despues de esperar en vano que se presentase la suspirada legacion extranjera, con su gran escudo de armas, ó por lo ménos, algun príncipe que viajase de incógnito, arrendó la planta baja y el cuarto principal al director general de una Sociedad de crédito con MIL MILLONES de capital, representados por acciones de á dos mil reales, con rédito fijo de doscientos por ciento al año.

Era el tal director una alhaja, como hay pocas. Presentábase en magníficos trenes; planteó sus oficinas con un lujo inusitado; sus atrevidas y temerarias jugadas

de Bolsa hacian eco en el mundo financiero, y nuestro pobre don Lázaro le escuchaba con la boca abierta, cuando se atrevia á presentarse á su inquilino para reclamar el precio del arriendo convenido. Verdad es que no cobraba nunca, pero en cambio iba atesorando acciones de la Sociedad, lindamente litografiadas, con lo cual obtenia un beneficio de doscientos por ciento sobre el precio de los alquileres.

Inútil es el decir, que ántes de terminar el año, y de la noche á la mañana, desapareció el susodicho director, llevándose la sustancia metálica de don Lázaro, y de otros cuantos centenares de ilusos.

Fué posteriormente embaucado nuestro ex-lonjista por un millonario, tan llano y bonachon, que lo daba palmaditas protectoras en el hombro, sin acordarse de que llevaba unido su nombre á un ilustre título de marqués... que no figura en la guía de forasteros, y cuyo excelentísimo señor tuvo la precaucion de tomar las de Villadiego (porque los tribunales de Justicia empezaron á husmear algo acerca de su exclarecido nombre y hechos de armas), llevándose al paso los alquileres de la habitacion.

Desde entónces acá ha tenido don Lázaro la mala suerte de no percibir un real como producto de su magnífica casa, exceptuando los dos cuartos terceros, ocupados respectivamente por una modista de gran fama— á cuyos ruegos y recomendaciones cedió, con la inmutable condicion de no poner muestra ni letreros en los balcones... ¡no faltaba más!—y por la numerosa familia de un antiguo magistrado. Estos pagan puntualmente sus alquileres.

El cuarto principal le ocupa hoy un señor de muchas campanillas... lo ménos veinte, que ha obligado á poner al casero en las habitaciones. Por lo demás, ni sabe quién es ni cómo se llama.

En el cuarto segundo de la derecha vive una encofetada señora, que se dice viuda de un general; recibe por la noche á sus numerosos amigos... y han dado en decir que allí se tira de la oreja á Jorge, por cuya razon la policia tiene la casa entre ojos.

El de la izquierda está ocupado por una hija de Terpsicore, por una notabilidad coreográfica, por una bailarina de arte mayor, cuyas inverosímiles piruetas traen enloquecido á un gotoso y opulento setenton.

El día en que don Lázaro se levanta con la firme decision de dar un avance á sus entonados inquilinos, se viste de gala, se afeita cuidadosamente, oye misa y se encomienda á todos los santos de la córte celestial... en desagravio de que despues tendrá que darse á todos los diablos.

Llega á su casa, dando mil rodeos y deseando casi no encontrar á los mismos á quienes quiere ver. Entra medio aturrido en el portal, y empieza por darse de narices con un soberbio tronco de yeguas alemanas, que, enganchadas á un flamante carruaje, esperan al pié de la escalera á que el ruido de la portezuela les dé la primera señal de marcha. El rollizo y moftetudo asturiano que, entronizado en el pescante luce con soberano orgullo su galoneada librea, levanta la fusta en son de amenaza sobre el averiado sombrero del pobre casero, al tiempo que felizmente se presenta el portero de la casa.

—Buenos dias, señor don Lázaro.

—Mejores te los dé Dios.

—Muchas gracias.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, señor.

—¿Y los vecinos...

—De todo hay...

Durante este diálogo, el casero entra en la porteria y se sienta. El portero le sigue con un poco de escama, pellizcándose la facion más prominente, la nariz, que es gorda y colorada.

—Explicáte.
 —El señor del principal....
 —¿Sabes ya quién es? ¿cómo se llama?
 —Nada.... ni pizca. Todos los criados le llaman el amo.... y ni el cartero trae para él una miserable carta. Pero debe ser muy buen señor. (Este buen señor ha regalado al portero un traje nuevo para que haga honor á la portería.)
 —¿Es original!.... ¿Y los segundos?
 —Buena gente! La señora de la derecha.... es toda una señora. (Le tiene asignados cuatro reales diarios, para que á las altas horas de la noche abra la puerta á sus tertulios.)
 —¿Y la izquierda?
 —¡Oh!... Mamisella Luisa, es una inquilina como pocas. Nada de ruidos.... siempre tan amable.... y tan recogida.
 —¿Y los terceros?
 —Los terceros.... ¡Vamos!.... Son la deshonra de la casa.
 —Son los únicos que pagan bien.
 —¡Ya!... Porque les conviene. Unos, tanta gente y tanto misterio.... que no se sabe de dónde lo sacan para comer y regalarse, y la otra.... ¡no digo nada!... la dichosa modista, con más entrantes y salientes que un jubileo....
 (La familia del magistrado guarda una prudente reserva con el portero. Las oficiales de la modista, alegres y vivarachas, se burlan de su nariz de berengena.)
 —¿Está... el señor del principal?
 —A punto fijo.... no sé.... Eh, Toriblo, ¿está el amo en casa?
 —Va á salir, contesta lacónicamente el cochero.
 Don Lázaro, que ha tenido ya tiempo de reponerse y de hacer coraje, toma la escalera arriba y llega precisamente al piso principal, cuando un lacayo abre la puerta para dar salida á su señor....
 —Beso á V. la....
 —Tengo prisa. ¿Qué se ofrece?
 —Nada.... es que soy....
 —¿Trae V. algún memorial?
 (Don Lázaro se impacienta.)
 —Lo que traigo es.... el recibo.
 —¿Qué recibo?
 —Soy.... el casero.
 —¡Hombre!... No puede V. llegar más oportunamente, porque pensaba mandar un recado.
 —¡Vaya!... pues me alegro.
 —Necesito indispensablemente una chimenea de lujo en mi cuarto de vestir, dos campanillas que correspondan á la cochera y á la portería: renovar el papel de un gabinete, que lo tiene de un gusto detestable: derribar el tabique de otro gabinete para dar más amplitud á un salón; con algunas otras friolerillas que podrán hacerse en cuatro días que pienso estar de caza en los montes de Toledo. Conque.... ¿cuándo vendrán los operarios, para preparar mi marcha?
 —Pero, señor.... ¡Esas son exigencias!
 —¡Cómo exigencias! ¿He puesto yo reparo en el precio de los alquileres? Aumentelo V., si así le place, pero deje V. á salvo mis caprichos.—Vaya, tengo prisa, y....
 —Es que traigo el recibo; porque despues de cuatro meses y cuatrocientas reformas hechas en las habitaciones, me parece que ya es tiempo de formalizar el contrato....
 —¡Calle!... ¿Pues no estamos conformes?
 —No, señor. Falta lo principal; el pago de las mensualidades vencidas, el de las dos adelantadas, y la fianza.
 —Vamos; está visto que V. es un pobre hombre, un casero novel, y que no sabe con quién trata. Yo acosumbro á saldar todas mis cuentas á fin de año. Si á V. le conviene así, se espera, y si nó, mañana mismo daré mis órdenes para buscar otra habitación.... y otro casero más razonable.
 —¡Pero señor!....
 —Nada, nada, yo soy muy formal en mis contratos, y no tolero que se ponga en duda....
 —¡Oh!... De ningún modo.... Perdone V. si....
 —¿Le conviene á V. hacer las insignificantes variaciones indicadas? ¿Sí, ó nó?
 —Se hará lo que V. quiera!
 —Vaya, pues adios, señor.... ¿cómo es su nombre de V?
 —Lázaro Fuentesauco.
 —Hasta la vista, señor don Lázaro. No olvide V. que liquido cuentas á fin de año.

(Continuará el domingo.)

A PACA.

Paca, pues tu orgullo pisa á todo el que en tí amor posa, y es circunstancia precisa ser todo cosa de risa para esa cara de rosa.

Hoy que tu amor no me quema, sin quitar punto ni coma, pues llevo «verdad» por lema, pintarte pretendo; toma como una broma mi tema.

Mi estilo juzgarás duro; mas la píldora no doró, y solo decirte juro, lo que mil dicen en coro de tí, por si así te curo.

Tú piensas ser una alhaja, mas quien tanto amor aloja, logra por toda ventaja, ó llevar palma en la caja,

ó quedar de un palo coja.
 Sé que la más santa peca; pero tú sin serlo, Paca, ¡por qué blasonas tan hueca de doncellita sin maza para andar de ceca en meca?
 Dejas que el mundo te mida como mujer á la moda, y tu loco orgullo olvida que no hay quien hable de boda á mujer de alegre vida.
 Paca, tu paciencia es poca, el menor desden te pica, y hay quien oyó de tu boca, que la que quiera ser rica, tenga corazón de roca.
 De que equivocada vas tú misma la prueba ves. Pues si quieres, la hallarás en que el amante que más no llega á durarte un mes.
 Ignoras que la que cesa de ser coqueta, se casa, y diré, pues te interesa, que cada amante que pasa deja un recuerdo que pesa

Aquí ya mi pluma para, pues dije la verdad pura; piénsalo, Paca, y repara, no tengán que hacer tu cura.... las arrugas de tu cara.

J. MORAN.

LOS ENEMIGOS.

Se ha escrito mucho sobre los amigos; hablemos ahora de los enemigos.

«De nuestros enemigos, libranos, Señor....» así reza la Doctrina, y cuando este gran libro lo dice, por algo será.

—¿Qué es un enemigo?

Un enemigo es un hombre ó una mujer (que tambien lo son ellas, y más temibles que el hombre), que se propone odiar á V. con sus cinco sentidos, y hasta con el sentido comun, y con más sentidos si más hubiera; es una especie de pulga que le hace á V. todo el mal que puede, aprovechando todos los descuidos que V. tiene, y que le quita á V. la piel (sin sentirlo), diciéndole de V. perrerías y causándole todo el daño que está en sus manos (no en su mano, porque los enemigos reparten el mal á manos llenas).

Ya ven VV. si tiene razon la Doctrina cuando nos hace decir: «de nuestros enemigos, libranos, Señor....»

Los enemigos tienen, sin embargo, su razon de sér en el mundo, porque es una raza maligna, y como el mundo está lleno de maldades...., vaya V. sacando la consecuencia.

Está probado, pues, que los enemigos no se pueden tragar, y que debemos aniquilarlos para que no nos fastidien.

¿Cómo podremos conseguirlo? Muy fácilmente. Primero hemos de ver las clases de enemigos que existen, porque á cada uno se le ha de combatir con armas diferentes.

Voy á hacer una clasificacion, que me van á envidiar el mismo Linneo y el mismo Cuvier y todos los naturalistas más acostumbrados á fabricar clasificaciones. En primer lugar, dice una vieja santurróna, que el enemigo es el diablo.

A éste se le domina fácilmente: se le hace la señal de la Cruz, y ya no vuelve á tentarle á V. la ropa.

Si se da el caso de que una persona tenga el enemigo en el cuerpo, ya se sabe el remedio: agua bendita, un hisopo, etc., etc.; el enemigo sale del cuerpo, y se va... á otro.

No nos detengamos, pues, en este ángel caído, y pasemos á otros enemigos que están levantados y á los cuales no hace mella la cruz ni el agua bendita.

Orden, orden ante todo.—Vaya la clasificacioncita que hemos ofrecido.

Los enemigos se dividen, es decir, los divido yo en: Enemigos del orden.

- » de las mujeres y el matrimonio.
- » de las buenas costumbres.
- » de la nacion.
- » de la honra.
- » de personas determinadas.
- » de diversiones varias.

Y no quiero dividirlos en más clases, porque me enredaría demasiado.

Vamos por partes; despacito y buena letra.

Enemigos del orden son... todos aquellos que mueven escándalos y arman tiberios, gastando su fortuna y su salud; todos los que no viven sino desarreglándolo todo; los que hallan un placer teniendo el cuarto en barullo, sin orden, en una palabra.

Remedio para extinguirlos, que valdrá, por lo ménos, tanto como el papel para matar mosquitos. Se les hace entrar á todos en alguna de las cuatro órdenes militares, ó en la orden de San Juan de Jerusalem, y desde este momento todos ellos serán ordenados.

Enemigos de las mujeres: los que hablan pestes de estas pobrecitas, y las arrastran por los piés de los caballos, no encontrando nada bueno en ellas.

Remedio: llevarlos á una isla donde no haya mas que hombres, y dar á cada uno un ejemplar del libro de Catalina.—Al poco tiempo vuelven convertidos, y

nadie habla mal del bello sexo. A los del matrimonio se les propina la misma receta. Cuando se encuentren sin ellas, comprenderán lo que vale esa costilla del hombre.

Enemigos de las buenas costumbres: los que llevan una vida disipada, licenciosa; los que tienen la mala costumbre de leer malos artículos de costumbres como este; los que se retiran tarde á casa y pasan las noches en orgías.... etc....

Remedio: llevarlos á un gabinete anatómico, donde se les muestren los extragos que la vida desordenada produce; se horripilan todos, y desde aquel momento todos son buenos muchachos, ó.... no lo son.

Enemigos de la Nacion: generalmente se da este nombre á las naciones extranjeras que nos hacen guerra, pero como á España ninguna nacion declara guerra ahora, no hay para que hablar de estos enemigos.

Enemigos de la honra: los que en hechos ó con palabras tratan de poner en mal lugar la reputacion de una persona.

Remedio: se va uno á casa del enemigo; si no está se le deja tarjeta y se vuelve otro día; se le encuentra por fin, y se le hacen serias reflexiones diciéndole que nada gana con perjudicarlo, que sea buen chico y que no haga tonterías; el enemigo se deja convencer y quedan amigos ofendido y ofensor. Si no basta esto, se hace otra cosa, y asunto concluido.

Enemigos de personas determinadas: los que más abundan, dice un dicho que no hay hombre sin hombre, y yo añado que no hay hombre sin enemigo.

Remedio: aquí se trata ya de la vida privada; cada cual sabrá el motivo que ha dado á su enemigo, y nadie mejor que el mismo interesado podrá buscar el remedio.

Enemigos de varias diversiones, por ejemplo: enemigos del teatro, de la música, del paseo, de los toros. El mejor remedio es suprimir las diversiones, porque mientras existan, existirán sus enemigos; aquí si que no encuentro otra clase de remedio....

Respiro; ya salí del berengenal en que me habia metido. Si los remedios propuestos no les han parecido á VV. eficaces, yo no he sabido encontrar otros. Los enemigos existen y existirán siempre, porque mientras haya hombres en el mundo, habrá pasiones, y envidias, y malos instintos, y almas perversas; los enemigos no se pueden quitar así como así. Por algo habrán sido escritas las palabras que he citado al empezar el artículo; por algo nos hará decir la doctrina:

«De nuestros enemigos, libranos, Señor.»

Por lo demás, aunque yo no soy enemigo de nadie, ni de mí mismo, tendré tambien como cada quisque dos ó tres enemigos para un remedio.—Me tiene sin cuidado esta idea.

...Y ahora caigo en que los debotener, porque este artículo parece que ha sido dictado por mis enemigos.

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA ASUNCION.

I.

En una noche plácida del abrasado estío (1), el viento calla indómito, se aduerme el mar bravío, y espira el blando céfiro entre una y otra flor.

En las azules bóvedas de estrellas mil cercada, su faz ostenta nítida la luna nacarada, el llano y la alta cúspide bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo súbitos raudales se desprenden de viva luz: mil ráfagas de fuego el aire hienden, y alto cantar de júbilo se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las cándidas alas de nieve y oro, cruza veloz la atmósfera entero el sumo coro, hácia el estrecho límite del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea losa que tanto encierra alzan, los rostros fulgidos humillan á la tierra, ciegos al astro vívido que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe que la falanje impera y que á la diestra ciérnese de Dios en la alta esfera, bajo el mirar fulmineo pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas y fajas purpurinas, tras la borrasca lóbraga y en tierras ya vecinas, surge el cansado náufrago del sol la rabia faz.

Así entre lienzos cándidos y delicadas flores, baña to el rostro limpiado de espléndidos fulgores,

(1) La Virgen murió en la noche del 14 de Agosto.

la Reina de las vírgenes
yace dormida en paz.
Entonces los arcángeles,
espíritus guerreros,
que cabe al trono alísimos
de Dios, son los primeros,
y en cien batallas hórridas
vencieron á Luzbel,
Sobre sus alas rápidas
pusieron á María,
y con cantar melódico
por la región vacía,
más breves que el relámpago
vuelan á dó está El.

II.

El hijo de su amor, el cariñoso
amigo, el padre y el amante fiel;
el que lloró perdido, tierno esposo,
á cuya planta el sol es escabel.
¡A cuya voluntad generadora
del caos tenebroso y á la par,
lució en el cielo la primera aurora
y la tierra surgió del ancho mar!
¡A cuya voz las roncadas tempestades
conturban los dormidos elementos,
y se abisman los montes y ciudades,
convertidos en polvo sus cimientos!
¡Ante cuyo saber la ciencia humana
en miseria y vacía oscuridad,
y á cuya omnipotencia soberana
solo igualan su amor y su bondad!
Allí le aguarda, en medio á la cohorte
de espíritus de luz innumerables,
en medio de los grandes de su corte
y en el seno de gozes perdurables.
Y allí su asiento cabe el alto asiento
estará del Supremo imperador;
respirará el aliento de su aliento
y anegárase en su infalible amor.
Y casi igual al sumo poderío
por la misericordia y la piedad,
astro Miriam (2) de amor, sereno y pio,
lucirá en la infinita eternidad.

JOSÉ ZORRILLA.

CASCABELES.

Dice *La Correspondencia* que los generales que no han sido fusilados en Méjico, serán juzgados, etc.
Lo creo, porque á los fusilados ya, me parece que no hay que molestarlos en juzgarlos.

(2) Miriam en Siriaco, dama, señora, soberana, y en hebreo, estrella de la mar.

EL HIJO DEL SACRISTAN.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CAPÍTULO XII.

PRIMERA HAZAÑA DEL MUCHACHO.

(Continuacion.)

El hijo del sacristan no era ya un chico, era un jóven, un mozo guapo, robusto, lleno de vida, atrevido, demasiado atrevido, que miraba con desden á los demás mezos, como que era más instruido y más vano que todos, y tenia decidida aversion á los trabajos del campo, á los cuales no le podian hacer ir ni las exhortaciones del cura, ni las súplicas de su honrada generosa protectora.
Sabía que no era hijo de ésta; el cura le habia exhortado siempre á orar por sus padres, pero jamás le habia dicho que su padre habia tenido tan desgraciado fin, y al muchacho, oyendo hablar al cura de sus padres, se le metió en la cabeza la idea de que el difunto sacristan del pueblo y su modesta esposa no eran sus padres, sino que lo habrian sido algunos señores, que le dejarían encargado á los que pasaban por ser sus padres, quienes, á su vez, le habrian confiado á la tia Torda y al señor cura.
Esto no tenia nada de particular. Casos análogos habia leído en los libros.
Y de suposicion en suposicion, llegaba el muchacho á figurarse que sus padres, no solamente habrian sido señores, sino señores de muchas campanillas, y aun no tendria nada de extraño que por sus venas corriese sangre real, y algo hubiera dado él porque la sangre real fuese de otro color que la sangre plebeya, en cuyo caso pronto se hubiera convencido de la verdad.
Esta idea se arraigó de tal manera en su entendimiento extraviado, que era su única y constante preocupacion.
Pero un dia, la casualidad ó su estrella vino á descubrirle la horrible realidad.
Hallábase el mozo en el campo, profundamente preocupado, tanto, que aunque habia sacado la escopeta

El secretario del Ayuntamiento de un pueblo próximo á esta corte, profesa tal amor al maestro de primeras letras que fué del mismo por espacio de diez y nueve años, que al extender el libramiento, con el cual le habian de abonar la paga correspondiente á Mayo y Junio últimos de la jubilacion que disfruta, ordena se le descuenten el 5 por 100 en dicha paga.

De medida tan absurda ha protestado el interesado, y es muy probable que la autoridad superior, si no es en el momento, más tarde, se entere de esta arbitrariedad.

**

Lo que es en cuanto á iluminaciones, ninguna hemos visto en España ni en el extranjero que pueda igualar á la de los balcones del Teatro Real la noche de la llegada de los reyes de Portugal.

En cada balcon habia un farolito, y dentro del farol una luz, pero no una luz así como se quiera, sino una luz, que no sabemos si sería eléctrica, casi tan brillante é intensa como la de un fósforo que se está apagando.

Era un espectáculo que nos hacia recordar los cuentos de hadas, y lo caro que debe ser el aceite de que se surte el Teatro Real.

**

Charadita del número anterior.

ULTRAMARINOS.

**

¿Cuando demonios se revoca y compone la parte destruida en el Conservatorio por el incendio?

Parece imposible que al cabo de tanto tiempo esté aquella fachada como el día siguiente del incendio

**

Dice *El Siglo médico*, y nos parece que tiene razon:

«Excelente representacion!—Segun *El Imparcial*, don Francisco Delgado Jugo ha ido á París como delegado del Gobierno español para asistir al Congreso oftalmológico que allí se celebra en los dias 12 13 y 14 del corriente. Nuestra enhorabuena al delegado del Gobierno, el médico peruano; pero nos ocurre, sin embargo, que no puede ser representante legitimo de la medicina española quien carece de título de médico español.»

**

Soluciones á los geroglíficos insertos en el número anterior.

1.º

Buscando las palabras, se encuentran las ideas.

2.º

El que feo ama, bonito le parece.

3.º

La mejor prenda de una mujer, es la limpieza.

4.º

El hábito no hace al monge.

**

con objeto de cazar algunas codornices, en cuyo entretenimiento habia adquirido una sin igual destreza, no habia cazado todavia ninguna, á pesar de que en aquel sitio la habia en tal abundancia, que el cazador menos experto podia, con poco que pusiera de su parte, volver á casa con seis ú ocho de aquellos inofensivos animales.

Paseábase, como digo, pensando en sus grandezas, y no habia reparado en un magnífico perro de caza que le seguia baticando y meneando la cola; el animal pertenecía á un cazador de gran fama en la aldea, y apenas veia á un hombre con escopeta y demás avíos de cazar, el inteligente perro se deshacia materialmente en muestras de contento y deseo de ayudar al cazador.

El jóven no le hacia caso, y el animal se impacientaba al verle perder el tiempo que podia aprovechar en matar codornices.

Y tanto se impacientó, que comenzó á ladrar, y siguió saltando y alborotando gran trecho, distrayéndole de sus pensamientos.

Al cabo de un cuarto de hora de ladridos, saltos y zarabandas del perro, el hijo del sacristan, cuyo carácter dominante y altivo en toda ocasion se habia de manifestar, encaráse con el perro, se echó la escopeta á la cara, y con tal acierto la disparó, que el animal, dando un ahullido espantoso, cayó como muerto, pero pasado un momento, se levantó, dió algunas vueltas, se restregó el hocico contra el suelo, y comenzó á gemir de una manera, que hubiera conmovido profundamente á todo generoso y sensible corazon. El noble animal habia recibido en los ojos los perdigones, y estaba ciego.

Dando aullidos corrió desatentado; pero de pronto se detuvo, calló, sofocó su dolor y su horrible pena, meneó la cola, y como si tuviera vista, se dirigió al camino por donde venia su amo, que ocupado en las faenas del campo, habia oido los aullidos y conocido la voz del perro, y corria á ver lo que le sucedia al que era su único compañero en el mundo.

El perro, con ese poderoso instinto de los de su raza, habia olfateado á su amo, y hácia él se dirigia á pedirle amparo.

No es posible describir la tiernísima escena que tuvo lugar entre el honrado labrador y el perro.

El perro se abrazó á las piernas de su amo, gimiendo como un niño, y lamiendo la, para él, mano bienhechora del amo, y éste, al verle ciego, lloró con indecible amargura, como llora quien pierde en un momento su ventura. Arrodillóse junto al perro, le examinó, le acarició, y el perro le devolvía las caricias, lamiéndole la cara, las manos, el pecho, y parecia como que en

Dice *La Guirnalda*.

«A cada cual lo suyo.— En el núm. 325 de EL CASCABEL, correspondiente al 8 del mes actual, hemos leído con gusto una letrilla satírica, firmada por J. Moran. Como el director de *La Guirnalda* viene desde hace muchos años publicando algunos versos con firma idéntica, no nos parece impertinente advertir que el don Jerónimo Moran de nuestro humilde periódico, no es el J. Moran del festi o CASCABEL. Mucho agradeceríamos á nuestro cofrade que insertara tambien en su próximo número esta sencilla aclaracion.»

Ya lo sabiamos nosotros.

**

Publicamos á continuacion el anuncio de cierta funcion celebrada últimamente en cierto teatro á beneficio de cierto actor.

Dice así:

«Al teatrillo vamos hoy
á ver una gran funcion,
allí nos llama Tonton
cuyo apellido es Godoy.
El declama con conciencia
y en todo cuadro ó tablea
se la luce Mirabeau
con de POTENCIA Á POTENCIA.
Chepe, en el primo Colás
de MARUJA, es un actor,
y si le viera el autor
no pudiera exigir más.
Chepe, en sus altas y bajas
de galan y de gracioso,
demuestra ser estudioso:
se verá en UN PAR DE ALHAJAS.
Y pues hay gran variedad
en la funcion de esta noche,
á caballo, á pié ó en coche
vaya toda la ciudad.»

Si estos cómicos representan como hacen versos, será cosa de echar á correr.

**

La otra noche en el Circo ecuestre hacia un calor insufrible. En un palco estaba una señora amiga mia, sudando el quilo, con el abrigo puesto.

—¿Cómo, le pregunté, tiene V. puesto el abrigo, haciendo tanto calor?

—Porque no vengo escotada esta noche, me respondió.

**

En las tenencias de alcaldía se celebraron el domingo no sé qué operaciones de la quinta.

Permítaseme decir, si no causo incomodidad, que me extrañó que, siendo domingo, se hiciesen en semejante dia esas operaciones, que, aunque necesarias y perfectamente legales, no creo que sean actos de los que santifican las fiestas.

**

Nada digo á VV. de la gran parada del domingo último, porque yo, cuando hay parada, ó revista, ó cosa por el estilo, me estoy en casa como un señorito.

**

aquellos momentos no sentia el dolor ni extrañaba no ver. Estaba al lado de su amo, de su protector, del que con cariño le daba el pan, del que dormia confiado en su vigilancia, del que era su compañero en el mundo, y se sentia tranquilo y consolado.

Puede que alguien se ria de este supremo dolor; pero el que se ria, no sentirá latir nada en su pecho, y verá indiferente, no ya el dolor de un pobre animal, sino el de sus mismos semejantes.

Desconfiad siempre de quien no ama á los animales.

—¿Quién te ha puesto así? exclamaba el pobre hombre, como si el perro le pudiera contestar... pero sí, sí, le contestó. De pronto se abrazó, por decirlo así, más estrechamente á su amo, volvió la cabeza y comenzó á gruñir de una manera amenazadora.

Su infame asesino se acercaba.

—¡Ah! exclamó el dueño del perro al ver al hijo del sacristan con la escopeta en la mano,—¿has sido tú, miserable?... ¿Qué daño te hacia Leon?...

—¡Toma! me estorbaba, contestó el muchacho.

Y al decir esto, el perro enfurecido se lanzó á él, como si le viera, y el muchacho se hizo atrás, y cogiendo la escopeta por el cañon, se preparaba á descargar un golpe sobre el animal; pero el dueño del perro se interpuso, y le sujetó y le desarmó.

—Si tocas al perro, te ahogo, le dijo.

Y el perro, al oír la voz de su amo, como si entendiera la amenaza que le dirigia á su agresor, se separó y se tiró en el suelo. No hay duda, que el animal conocia lo que pasaba. Su amo iba á castigar al miserable que le habia herido tan cruelmente.

—Suélteme V. tio Cosme, decia el hijo del sacristan, temiendo que aquel realizara su amenaza.

—Infame, decia el tio Cosme llorando, si no puedes ser bueno; si desde que tienes uso de razon se lo estoy diciendo al señor cura; si eres un malvado, cobarde y ruin; si valia más que te hubieras muerto; si tienes mala sangre....

—Tio Cosme, exclamó el jóven, mire V. que estamos solos.

—¿Y qué?... ¡me amenazas, gran canalla!... Si doy una voz á Leon, ciego y todo como le has dejado, te hace trizas.... que es más valiente y noble que tú.... Si no sé cómo me contengo.... ¿Sabes tú qué has hecho?... Dejar ciego á mi perro, á mi amigo, á mi compañero; es como si hubieras hecho lo mismo con mi propio hermano.... Pero si lo he dicho, si no puedes ser bueno, si eres hijo de un ladrón, de un asesino, que murió colgado de un palo por mano del verdugo... y de tal padre tal hijo.

(Se continuará)

